



Edith Wharton

El Triunfo
de la Noche

ELEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL TRIUNFO DE LA NOCHE

EDITH WHARTON

**PUBLICADO: 1914
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I

Era evidente que el trineo de Weymore no había llegado; y el joven viajero que llegaba de Boston, aterido de frío, que había contado con subirse a él al bajar del tren en Northridge Junction, se encontró solo en el andén abierto, expuesto al pleno embate de la noche y el invierno.

La ráfaga que lo barría venía de los campos nevados y los bosques cargados de hielo de New Hampshire. Parecía haber atravesado leguas interminables de silencio helado, llenándolas con el mismo fragor gélido y afilando su filo contra el mismo paisaje despiadado en blanco y negro. Oscura, escrutadora y acerada, alternaba envolviendo a su víctima con ráfagas ciegas y azotándola con dardos, a la manera de un torero que unas veces agita la capa y otras clava las banderillas. Esta analogía recordó al joven que él mismo no llevaba capa alguna, y que el abrigo con el que había afrontado el aire relativamente templado de Boston parecía no ser más grueso que una hoja de papel en las gélidas alturas de Northridge. George Faxon se dijo a sí mismo que el lugar tenía un nombre de lo más acertado. Se aferraba a un saliente expuesto sobre el valle del que el tren lo había levantado, y el viento lo peinaba con dientes de acero cuyo raspar contra los tablonos de madera de la estación casi creía oír. No había ningún otro edificio: el pueblo quedaba lejos, camino abajo, y hacia allí —ya que el trineo de Weymore no había venido— Faxon veía la necesidad de abrirse camino a través de más de un metro de nieve.

Comprendía a la perfección lo que había ocurrido: su anfitriona había olvidado que venía. Aunque Faxon era joven, esa triste lucidez de espíritu la había adquirido fruto de una larga experiencia, y sabía que quienes menos pueden permitirse alquilar un carruaje son casi siempre aquellos a quienes sus anfitriones olvidan mandar buscar. Pero decir que la señora Culme lo

había olvidado resultaba demasiado crudo. Incidentes similares le llevaban a pensar que probablemente le había dicho a la doncella que le dijera al mayordomo que telefonara al cochero para que le dijera a uno de los mozos de cuadra (si nadie lo necesitaba) que fuera a buscar al nuevo secretario a Northridge; pero en una noche como aquella, ¿qué mozo que se respetase dejaría de olvidar la orden?

Lo más lógico para Faxon habría sido abrirse camino entre los ventisqueros hasta el pueblo y contratar allí un trineo que lo llevara a Weymore; pero ¿y si, a su llegada a casa de la señora Culme, nadie recordaba preguntarle cuánto le había costado esa muestra de diligencia? También eso era una de las eventualidades que la experiencia le había enseñado a prever, y la perspicacia así adquirida le decía que le resultaría más barato pasar la noche en la fonda de Northridge y avisar a la señora Culme de su presencia allí por teléfono. Había tomado esa decisión y estaba a punto de confiar su equipaje a un vago individuo con un farol cuando sus esperanzas se animaron al oír el tintineo de unos cascabeles.

Dos trineos acababan de detenerse frente a la estación, y del primero de ellos saltó un joven envuelto en pieles.

—¿Weymore? No, estos no son los trineos de Weymore.

La voz era la del muchacho que había saltado al andén, una voz tan agradable que, pese a las palabras, cayó como un bálsamo en los oídos de Faxon. En ese mismo instante, el farol errante de la estación proyectó un fugaz destello sobre el que hablaba, y reveló unos rasgos en perfecta armonía con su voz. Era muy rubio y muy joven —no había llegado a los veinte, calculó Faxon—, pero su rostro, aunque lleno de una lozanía matinal, resultaba un tanto delgado y anguloso, como si un espíritu vivaz luchase en él contra una cierta debilidad física. Faxon era quizás más rápido en advertir esas delicadas tensiones porque su propio temperamento pendía de unos nervios que vibraban levemente pero que, según creía, nunca llegarían a arrastrarlo más allá de una sensibilidad normal.

—¿Esperaba usted un trineo de Weymore? —continuó el recién llegado, plantado junto a Faxon como una esbelta columna de pieles.

El secretario de la señora Culme le explicó su apuro, y el otro lo zanjó con un desdeñoso «¡*Vaya con la señora Culme!*» que llevó a ambos inter-

locutores en pocas palabras hacia un entendimiento mutuo.

—Entonces usted debe de ser... —El joven se interrumpió con una sonrisa interrogativa.

—¿El nuevo secretario? Sí. Aunque al parecer no hay notas que contestar esta noche. —La risa de Faxon profundizó el sentido de solidaridad que se había establecido entre los dos con tanta prontitud.

Su nuevo amigo también rió. —La señora Culme —explicó— estaba hoy comiendo en casa de mi tío, y dijo que usted llegaría esta tarde. Pero siete horas es demasiado tiempo para que la señora Culme recuerde algo.

—Bueno —dijo Faxon filosóficamente—, supongo que esa es una de las razones por las que necesita un secretario. En todo caso, siempre me queda la fonda de Northridge —concluyó.

—¡Oh, pero eso ya no! Se quemó la semana pasada.

—¡Vaya por Dios! —dijo Faxon; aunque la ironía de la situación le llegó antes que el inconveniente. Su vida, durante años, había sido principalmente una sucesión de resignadas adaptaciones, y había aprendido, antes de afrontar prácticamente sus apuros, a extraer de la mayoría de ellos un pequeño tributo de diversión.

—Bueno, seguro que hay alguien en el pueblo que pueda alojarme.

—Nadie con quien *usted* pudiera conformarse. Además, Northridge queda a unos cinco kilómetros, y nuestra casa —en dirección contraria— está algo más cerca. —A través de la oscuridad, Faxon vio a su amigo bosquejar un gesto de presentación—. Me llamo Frank Rainer, y me estoy quedando con mi tío en Overdale. He venido a recoger a dos amigos suyos que llegarán en unos minutos desde Nueva York. Si no le importa esperar a que lleguen, estoy seguro de que en Overdale estaremos mejor que en Northridge. Solo llevamos unos días aquí, pero la casa siempre está preparada para mucha gente.

—Pero su tío... —Faxon solo pudo objetar, con la extraña sensación, a pesar de su apuro, de que la siguiente frase de su invisible amigo bastaría como por arte de magia para disipar todo.

—¡Oh, mi tío, ya verá! ¡Yo respondo por él! Supongo que habrá oído hablar de él: John Lavington.

¡John Lavington! Había cierta ironía en preguntar si uno había oído hablar de John Lavington. Incluso desde un puesto de observación tan oscuro como el de secretario de la señora Culme, el rumor del dinero de John Lavington, de sus cuadros, su política, sus obras de caridad y su hospitalidad era tan difícil de eludir como el rugido de una catarata en la soledad de la montaña. Casi cabría decir que el único lugar donde uno no esperaría encontrárselo era precisamente en una soledad como la que en ese momento rodeaba a los dos interlocutores, al menos en esa hora más profunda de su desolación. Pero era tan propio de la brillante ubiuidad de Lavington coger a uno en falta incluso allí.

—Oh, sí, he oído hablar de su tío.

—Entonces *vendrá*, ¿verdad? Solo hay que esperar cinco minutos. —El joven Rainer urgió en ese tono que disipa los escrúpulos al ignorarlos; y Faxon se encontró aceptando la invitación con la misma sencillez con que se le ofrecía.

El retraso del tren de Nueva York convirtió sus cinco minutos en quince; y mientras paseaban por el andén helado, Faxon empezó a comprender por qué había parecido la cosa más natural del mundo acceder a la sugerencia de su nuevo conocido. Era porque Frank Rainer era uno de esos seres privilegiados que simplifican el trato humano mediante la atmósfera de confianza y buen humor que difunden. Ese efecto, observó Faxon, lo lograba sin más don que su juventud, y sin más arte que su sinceridad; y esas cualidades se revelaban en una sonrisa de tal dulzura que Faxon sintió, como nunca antes, lo que la Naturaleza puede lograr cuando se digna poner el rostro a la altura de la mente.

Supo que el joven era el pupilo, y el único sobrino, de John Lavington, con quien había hecho su hogar desde la muerte de su madre, la hermana del gran hombre. El señor Lavington, dijo Rainer, había sido «un tío de los buenos» con él —«Pero así lo es con todos, ya sabe»— y la situación del joven parecía en efecto estar en perfecta consonancia con su persona. Al parecer, la única sombra que alguna vez había recaído sobre él era la que proyectaba la debilidad física que Faxon ya había advertido. Al joven Rainer le habían diagnosticado tuberculosis, y la enfermedad estaba tan avanzada que, según las autoridades médicas más eminentes, el destierro a Arizona o Nuevo México era inevitable. «Pero por suerte mi tío no me

mandó al exilio, como habría hecho la mayoría, sin pedir antes otra opinión. ¿La de quién? Oh, la de un médico muy listo, un joven con muchas ideas nuevas, que simplemente se rió de que me enviaran lejos y dijo que me iría perfectamente bien en Nueva York si no cenaba fuera demasiado a menudo y si me escapaba de vez en cuando a Northridge a tomar un poco de aire fresco. Así que es gracias a mi tío que no estoy en el exilio, y la verdad es que me encuentro mucho mejor desde que el nuevo médico me dijo que no tenía por qué preocuparme.» El joven Rainer pasó a confesar que le gustaba mucho cenar fuera, bailar y otras diversiones similares; y Faxon, escuchándole, inclinaba a pensar que el médico que se había negado a cortarle del todo esos placeres era probablemente mejor psicólogo que sus colegas mayores.

—Con todo, deberías tener cuidado, ¿sabes? —La sensación de preocupación fraternal que arrancó esas palabras a Faxon le llevó, al pronunciarlas, a pasar el brazo por el de Frank Rainer.

Este acogió el gesto con una presión de respuesta. —Oh, *lo tengo*: muchísimo, muchísimo. Y además mi tío me vigila tanto...

—¿Y si tu tío te vigila tanto, qué dice de que te estés tragando cuchillas aquí en esta Siberia?

Rainer se subió el cuello de piel con un gesto despreocupado. —No es eso lo que me afecta: el frío me sienta bien.

—¿Y no son las cenas ni los bailes? ¿Qué es, entonces? —insistió Faxon con buen humor; a lo que su compañero respondió con una carcajada: — ¡Bueno, mi tío dice que es el aburrimiento, y yo creo que tiene razón!

Su risa terminó en un acceso de tos y una lucha por respirar que hizo que Faxon, sin soltarle el brazo, lo guiara apresuradamente hacia el refugio de la sala de espera sin calefacción.

El joven Rainer se había desplomado en el banco contra la pared y se había quitado uno de los guantes de piel para buscar el pañuelo. Se quitó la gorra y se pasó el pañuelo por la frente, que era de una blancura intensa y brillaba de humedad, aunque su rostro conservaba un saludable rubor. Pero la mirada de Faxon siguió clavada en la mano que había descubierto: era tan larga, tan incolora, tan consumida, tan mucho más vieja que la frente sobre la que la pasaba.

«Qué extraño: un rostro sano pero manos que se mueren», caviló el secretario: de algún modo deseó que el joven Rainer se hubiera quedado el guante puesto.

El silbato del expreso puso a los jóvenes en pie, y al instante siguiente, dos caballeros muy abrigados con pieles habían descendido al andén y se enfrentaban al rigor de la noche. Frank Rainer los presentó como el señor Grisben y el señor Balch, y Faxon, mientras subían el equipaje al segundo trineo, los descifró a la luz errante del farol como una pareja de hombres entrados en años, de cabello gris, del género próspero medio del mundo de los negocios.

Saludaron al sobrino de su anfitrión con amable familiaridad, y el señor Grisben, que parecía ser el portavoz de los dos, concluyó su saludo con un jovial «¡y que sean muchos más, querido muchacho!», lo que hizo suponer a Faxon que su llegada coincidía con un aniversario. Pero no pudo indagar más, pues el asiento que le habían asignado era el del cochero, mientras Frank Rainer se acomodaba dentro del trineo con los invitados de su tío.

Un veloz recorrido (con los caballos que era de suponer que tenía John Lavington) los llevó a unos altos pilares de entrada, una caseta de guarda iluminada y una avenida en la que la nieve había sido nivelada hasta la lisura del mármol. Al final de la avenida se dibujaba la larga casa, el grueso principal oscuro, pero con un ala que enviaba un rayo de bienvenida; y al instante siguiente Faxon recibía una violenta impresión de calor y luz, de plantas de invernadero, criados presurosos, una vasta y espectacular sala de roble como un decorado teatral, y, en su irreal término medio, una pequeña figura, correctamente vestida, de rasgos convencionales, completamente distinta a su imagen más bien florida del gran John Lavington.

La sorpresa del contraste lo acompañó mientras se vestía a toda prisa en el amplio y lujoso dormitorio al que lo habían llevado. «No encuentro cómo encaja», era la única manera que tenía de formularlo, pues le resultaba difícil hacer caber la exuberancia de la personalidad pública de Lavington en el envarado continente y los modales de su anfitrión. El señor Lavington, a quien el joven Rainer había explicado rápidamente la situación de Faxon, le había dado la bienvenida con una cordialidad seca y rígida que encajaba a la perfección con su rostro angosto, su mano tiesa y el toque de perfume en su pañuelo de gala. «Siéntase como en su casa, en su casa», había repetido, en

un tono que sugería, por su parte, una incapacidad total para llevar a cabo el prodigio que le pedía a su visita. «Cualquier amigo de Frank... encantado... siéntase completamente en su casa.»

II

A pesar de la temperatura agradable y las complicadas comodidades del dormitorio de Faxon, no era fácil obedecer la indicación. Qué golpe de suerte haber encontrado refugio para la noche bajo el opulento techo de Overdale, y lo saboreó plenamente en lo físico. Pero el lugar, con todos sus ingenios del confort, tenía algo de frío y poco acogedor. No habría sabido decir por qué, y solo podía suponer que la intensa personalidad del señor Lavington —intensamente negativa, pero intensa al fin— debía de haber impregnado, de algún modo misterioso, cada rincón de su morada. Quizá, sin embargo, fuera simplemente que el propio Faxon estaba cansado y hambriento, más helado de lo que había creído hasta que entró del frío, y hastiado sin remedio de las casas ajenas y de la perspectiva de subir eternamente las escaleras de los demás.

—Espero que no estés famélico. —La esbelta figura de Rainer apareció en el umbral—. Mi tío tiene que tratar un asunto con el señor Grisben, y no cenamos hasta dentro de media hora. ¿Quieres que vaya a buscarte, o encuentras el camino solo? Baja directamente al comedor: la segunda puerta a la izquierda del pasillo largo.

Desapareció, dejando a su paso un destello de calidez, y Faxon, aliviado, encendió un cigarrillo y se sentó junto a la chimenea.

Al mirar a su alrededor con menos prisa, le llamó la atención un detalle que se le había escapado. La habitación estaba llena de flores: ¡una simple «habitación de soltero», en el ala de una casa abierta solo unos días, en pleno invierno de New Hampshire! Había flores por todas partes, no en una profusión insensata, sino dispuestas con el mismo arte consciente que había observado en la agrupación de los arbustos en flor del vestíbulo. Un jarrón

de arums se erguía sobre el escritorio, un ramo de claveles de tonos extraños en la mesita a su lado, y de cuencos de cristal y porcelana los bulbos de fresia difundían su envolvente fragancia. El hecho implicaba una extensión considerable de invernadero, pero eso era lo de menos. Las flores en sí, su calidad, selección y disposición, atestiguaban en alguien —¿y en quién sino en John Lavington?— una pasión solícita y sensible por esa forma particular de belleza. ¡Pues bien, eso hacía al hombre, tal como se le había aparecido a Faxon, aún más difícil de comprender!

Pasó la media hora, y Faxon, que se alegraba ante la perspectiva de comer, salió a buscar el camino al comedor. No había prestado atención a la dirección que había seguido al ir a su cuarto, y al salir le desconcertó encontrar dos escaleras, de importancia aparentemente igual, que lo invitaban. Eligió la de la derecha y llegó, al pie de ella, a un largo pasillo como el que Rainer había descrito. El pasillo estaba vacío, las puertas a lo largo de él cerradas; pero Rainer había dicho «La segunda a la izquierda», y Faxon, después de esperar en vano alguna indicación casual que no llegó, posó la mano en el segundo pomo a la izquierda.

La habitación en la que entró era cuadrada, con paredes oscuras colgadas de cuadros. En el centro, alrededor de una mesa iluminada por lámparas veladas, creyó al principio que el señor Lavington y sus invitados ya estaban sentados a cenar; luego advirtió que la mesa no estaba cubierta de manjares sino de papeles, y que había irrumpido por error en lo que parecía ser el despacho de su anfitrión. Al detenerse, el joven Rainer levantó la vista.

—Oh, aquí está el señor Faxon. ¿Por qué no pedirle...?

El señor Lavington, desde el extremo de la mesa, devolvió la sonrisa de su sobrino con una mirada de benevolencia imparcial.

—Por supuesto. Pase, señor Faxon. Si no le parece una libertad...

El señor Grisben, que estaba sentado frente a su anfitrión, volvió la cabeza hacia la puerta. —¿El señor Faxon es ciudadano americano, claro?

Frank Rainer soltó una carcajada. —¡Eso está bien!... Oh, no, tío Jack, no esa pluma de punta tan fina. ¿No tienes por ahí una de ave en algún sitio?

El señor Balch, que hablaba despacio y como a regañadientes, con una voz ahogada de la que parecía quedar muy poco, levantó la mano para decir: —Un momento: ¿reconoce usted que esto es...?

—¿Mi última voluntad y testamento? —La risa de Rainer se redobló—. Bueno, no voy a responder por lo de «última». De todas formas, es la primera.

—Es una mera fórmula —explicó el señor Balch.

—Pues allá vamos. —Rainer mojó la pluma de ave en el tintero que su tío le había empujado y trazó una gallarda firma al pie del documento.

Faxon, comprendiendo lo que se esperaba de él y conjeturando que el joven firmaba su testamento al alcanzar la mayoría de edad, se había colocado detrás del señor Grisben y esperaba su turno para estampar también su nombre en el documento. Rainer, tras firmar, estaba a punto de pasar el papel al señor Balch; pero este, levantando de nuevo la mano, dijo con su triste voz encarcelada: —¿El lacre...?

—¿Hace falta un sello de lacre?

Faxon, mirando por encima del señor Grisben hacia John Lavington, vio un leve fruncimiento de cejas entre sus ojos impasibles. —¡Vamos, Frank! —Parecía, pensó Faxon, levemente irritado por la ligereza de su sobrino.

—¿Quién tiene un sello? —continuó Frank Rainer, mirando en torno a la mesa—. No parece que haya ninguno aquí.

El señor Grisben intervino. —Una oblea bastará. Lavington, ¿tiene una oblea?

El señor Lavington había recobrado la serenidad. —Debe de haber alguna en uno de los cajones. Pero me avergüenza decir que no sé dónde guarda estas cosas mi secretario. Tendría que haberse asegurado de que enviaran una oblea con el documento.

—Oh, qué fastidio... —Frank Rainer apartó el papel—: es la mano de Dios, y yo tengo un hambre canina. Cenemos primero, tío Jack.

—Creo que tengo un sello lacre arriba —dijo Faxon.

El señor Lavington le dirigió una sonrisa apenas perceptible. —Siento causarle esa molestia...

—Oh, venga, no le manden por ello ahora. ¡Esperemos a después de cenar!

El señor Lavington continuó sonriendo a *su* invitado, y este, como bajo la leve coacción de la sonrisa, salió de la sala y subió corriendo las escaleras. Habiendo sacado el sello lacre de su maletín, volvió a bajar y abrió de nuevo la puerta del despacho. Nadie hablaba cuando entró: evidentemente lo esperaban con la muda impaciencia del hambre, y puso el sello al alcance de Rainer y se quedó mirando mientras el señor Grisben encendía una cerilla y la acercaba a una de las velas que flanqueaban el tintero. Mientras la cera caía sobre el papel, Faxon reparó de nuevo en la extraña consunción, el prematuro agotamiento físico, de la mano que la sostenía: se preguntó si el señor Lavington había advertido alguna vez la mano de su sobrino y si ahora la veía con una nitidez que dolía.

Con ese pensamiento en la mente, Faxon levantó los ojos hacia el señor Lavington. La mirada del gran hombre reposaba sobre Frank Rainer con una expresión de sosegada benevolencia; y en ese mismo instante la atención de Faxon fue atraída por la presencia en la sala de otra persona, que debía de haberse unido al grupo mientras él estaba arriba buscando el sello. El recién llegado era un hombre de aproximadamente la edad y complexión del señor Lavington, que estaba de pie justo detrás de su silla y que, en el momento en que Faxon lo vio por primera vez, miraba al joven Rainer con idéntica intensidad de atención. El parecido entre los dos hombres —acrecentado quizás por el hecho de que las lámparas encapuchadas de la mesa dejaban la figura detrás de la silla en la penumbra— impresionó a Faxon tanto más por el contraste entre sus expresiones. John Lavington, durante el torpe intento de su sobrino de dejar caer la cera y aplicar el sello, seguía fijando en él una mirada de afecto entre divertido y tierno; mientras que el hombre detrás de la silla, duplicando tan extrañamente sus rasgos y su figura, volvía al muchacho un rostro de pálida hostilidad.

La impresión fue tan perturbadora que Faxon olvidó lo que sucedía a su alrededor. Solo era vagamente consciente de que el joven Rainer exclamaba: «¡Su turno, señor Grisben!»; de que el señor Grisben protestaba: «No, no; el señor Faxon primero»; y de que acto seguido le pasaban la pluma a él. La recibió con la mortal sensación de ser incapaz de moverse, o siquiera de entender lo que se esperaba de él, hasta que tomó conciencia de que el señor Grisben le señalaba paternalmente el lugar exacto en el que debía dejar su firma. El esfuerzo de concentrarse y de estabilizar la mano prolongó el proceso de firmar, y cuando se incorporó —con un extraño peso de fatiga

en todos los miembros — , la figura detrás de la silla del señor Lavington había desaparecido.

Faxon sintió un alivio inmediato. Era desconcertante que la salida del hombre hubiera sido tan rápida y silenciosa, pero la puerta detrás del señor Lavington estaba cubierta por un tapiz colgante, y Faxon concluyó que el desconocido observador simplemente había tenido que levantarlo para salir. En todo caso se había ido, y con su marcha el extraño peso se levantó. El joven Rainer encendía un cigarrillo, el señor Balch inscribía su nombre al pie del documento, el señor Lavington — con los ojos ya no sobre su sobri- no— examinaba una extraña orquídea de alas blancas en el jarrón a su lado. De repente todo parecía haberse vuelto natural y sencillo, y Faxon se encontró respondiendo con una sonrisa al afable gesto con el que su anfitrión declaró: — Y ahora, señor Faxon, vamos a cenar.

III

—Me pregunto cómo me equivoqué de habitación antes; creí que me había dicho que tomara la segunda puerta a la izquierda —dijo Faxon a Frank Rainer mientras seguían a los mayores por el pasillo.

—Y así es, pero probablemente olvidé decirte qué escalera tomar. Viniendo desde tu dormitorio, tendría que haber dicho la cuarta puerta a la derecha. Es una casa desconcertante, porque mi tío no para de añadirle cosas año tras año. Esta sala la construyó el verano pasado para sus cuadros modernos.

El joven Rainer, deteniéndose para abrir otra puerta, tocó un interruptor eléctrico que iluminó un círculo de luz alrededor de las paredes de una larga sala colgada con lienzos de la escuela impresionista francesa.

Faxon avanzó, atraído por un centelleante Monet, pero Rainer le puso la mano en el brazo.

—Lo compró la semana pasada. Pero vamos: ya te lo enseñaré todo esto después de cenar. O mejor, *él* te lo enseñará: le encanta.

—¿De verdad le gustan las cosas?

Rainer lo miró fijamente, claramente perplejo ante la pregunta. —¡Y mucho! Las flores y los cuadros especialmente. ¿No has visto las flores? Supongo que te parece que su carácter es frío; da esa impresión al principio, pero en realidad le apasionan muchísimo las cosas.

Faxon miró rápidamente al que hablaba. —¿Tiene su tío algún hermano?

—¿Un hermano? No: nunca lo tuvo. Él y mi madre eran los únicos.

—¿O algún pariente que... que se le parezca? ¿Con quien pudieran confundirle?

—No que yo haya oído. ¿Te recuerda a alguien?

—Sí.

—Qué curioso. Le preguntaremos si tiene un doble. ¡Vamos!

Pero otro cuadro retuvo a Faxon, y pasaron algunos minutos antes de que él y su joven anfitrión llegaran al comedor. Era una sala grande, con el mismo mobiliario convencionalmente elegante y las mismas flores delicadamente agrupadas; y el primer vistazo de Faxon le reveló que solo tres hombres estaban sentados en torno a la mesa. El hombre que había estado de pie detrás de la silla del señor Lavington no estaba presente, y ningún puesto le esperaba.

Cuando entraron los jóvenes, el señor Grisben estaba hablando, y su anfitrión, que estaba de cara a la puerta, miraba hacia abajo el plato de consomé intacto, removiéndolo con su mano pequeña y seca.

—Ya es tarde para llamarlos rumores: estaban diabólicamente cerca de ser hechos cuando salimos de la ciudad esta mañana —decía el señor Grisben, con una incisividad inesperada en el tono.

El señor Lavington dejó la cuchara y sonrió interrogativamente. —Oh, los hechos... ¿qué *son* los hechos? Solo la manera en que una cosa resulta verse en un momento dado...

—¿No ha tenido noticias de la ciudad? —insistió el señor Grisben.

—Ni una sílaba. Ya ve... Balch, un poco más de ese *petite marmite*. Señor Faxon... entre Frank y el señor Grisben, por favor.

La cena avanzó a través de una serie de elaborados platos, ceremoniosamente servidos por un mayordomo de porte episcopal asistido por tres altos lacayos, y era evidente que el señor Lavington encontraba cierta satisfacción en el desfile. Eso, reflexionó Faxon, era probablemente el punto flaco de su armadura: eso y las flores. Había cambiado de tema —no bruscamente, pero con firmeza— cuando entraron los jóvenes, pero Faxon percibía que seguía ocupando los pensamientos de los dos visitantes mayores, y el señor Balch observó en breve, con una voz que parecía venir del

último superviviente en el fondo de una mina: —Si *llega* a pasar, será el mayor derrumbe desde el 93.

El señor Lavington parecía aburrido pero cortés. —Wall Street soporta los cracks mejor que entonces. Tiene una constitución más robusta.

—Sí, pero...

—Hablando de constituciones —intervino el señor Grisben—: Frank, ¿cuidas de ti mismo?

Un rubor ascendió a las mejillas del joven Rainer.

—Pues claro. ¿No es para eso que estoy aquí?

—Estás aquí unos tres días al mes, ¿verdad? Y el resto del tiempo son restaurantes abarrotados y salones de baile sofocantes en la ciudad. Creía que ibas a marcharte a Nuevo México.

—Oh, tengo un médico nuevo que dice que es una tontería.

—Bueno, no tienes pinta de que tu médico nuevo tenga razón —dijo el señor Grisben sin rodeos.

Faxon vio palidecer al muchacho, y las ojeras ahondarse bajo sus ojos alegres. En ese mismo instante, su tío se volvió hacia él con una intensidad renovada de atención. Había tanta solicitud en la mirada del señor Lavington que parecía casi interponerse un escudo entre su sobrino y el escrutinio desconsiderado del señor Grisben.

—Creemos que Frank está bastante mejor —comenzó—; este nuevo médico...

El mayordomo, acercándose, se inclinó para susurrarle algo al oído, y la comunicación provocó un cambio súbito en la expresión del señor Lavington. Su rostro, de por sí tan incoloro, no tanto palideció como se apagó, se empequeñeció y se retiró hacia algo borroso y difuminado. Se levantó a medias, volvió a sentarse y esbozó una sonrisa rígida en torno a la mesa.

—¿Me disculpan? El teléfono. Peters, que sigan con la cena. —Con pasos pequeños y precisos salió por la puerta que uno de los lacayos había abierto de par en par.

Un silencio momentáneo cayó sobre el grupo; luego el señor Grisben volvió a dirigirse a Rainer. —Tendrías que haber ido, muchacho; tendrías que haber ido.

La mirada de inquietud volvió a los ojos del joven. —Mi tío no lo cree así, de verdad.

—No eres un niño para que siempre te gobierne la opinión de tu tío. Hoy has cumplido la mayoría de edad, ¿verdad? Tu tío te malcría... ese es el problema...

El dardo dio evidentemente en el blanco, pues Rainer soltó una carcajada y bajó la vista con un ligero rubor.

—Pero el médico...

—¡Usa el sentido común, Frank! Tuviste que consultar a veinte médicos hasta encontrar uno que te dijera lo que querías oír.

Una sombra de aprensión oscureció la alegría de Rainer. —Oh, vamos... ¡Pero qué diría! ¿Qué haría *usted*? —balbuceó.

—Hacer las maletas y tomar el primer tren. —El señor Grisben se inclinó hacia adelante y posó la mano con amabilidad en el brazo del joven—. Mire: mi sobrino Jim Grisben tiene allí un rancho grande. Le recibirá con los brazos abiertos. Dice que su nuevo médico cree que no le hará ningún bien; pero tampoco pretende que le hará daño, ¿verdad? Pues entonces... pruébelo. De todos modos le alejará de teatros sofocantes y restaurantes nocturnos... Y de todo lo demás... ¿Eh, Balch?

—¡Vaya! —dijo el señor Balch con voz cavernosa—. Vaya *cuanto antes* —añadió, como si una mirada más detenida al rostro del joven le hubiera convencido de la necesidad de apoyar a su amigo.

El joven Rainer se había puesto ceniciento. Intentó tensar los labios en una sonrisa. —¿Tengo tan mal aspecto?

El señor Grisben se servía terrapín. —Tienes el aspecto del día después de un terremoto —dijo.

El terrapín había dado la vuelta a la mesa, y había sido degustado con calma por los tres invitados del señor Lavington (Rainer, observó Faxon, dejó el plato intacto) antes de que la puerta se abriera para readmitir al an-

fitrión. El señor Lavington avanzó con aire de calma recobrada. Se sentó, tomó la servilleta y consultó el menú con monograma dorado. —No, no traigan el filete... Algo de terrapín; sí... —Miró afablemente en torno a la mesa—. Perdonen que les haya dejado, pero la tormenta ha hecho estragos con los cables, y tuve que esperar un buen rato antes de conseguir una buena conexión. Debe de estar anunciando una ventisca.

—Tío Jack —intervino el joven Rainer—, el señor Grisben me ha estado sermoneando.

El señor Lavington se servía terrapín. —Ah, ¿sobre qué?

—Cree que tendría que haberle dado una oportunidad a Nuevo México.

—Quiero que vaya directamente a ver a mi sobrino a Santa Paz y se quede hasta su próximo cumpleaños. —El señor Lavington hizo señas al mayordomo de que pasara el terrapín al señor Grisben, quien, al servirse una segunda ración, volvió a dirigirse a Rainer—: Jim está en Nueva York ahora, y regresa pasado mañana en el vagón privado de Olyphant. Le pediré a Olyphant que te meta con calzador si quieres ir. Y cuando lleves una o dos semanas allí, a lomos de un caballo todo el día y durmiendo nueve horas por noche, sospecho que no pensarás mucho del médico que te recetó Nueva York.

Faxon habló, sin saber por qué. —Estuve allí una vez: es una vida espléndida. Vi a un hombre que... ah, un caso *verdaderamente* grave, que había sido literalmente rehecho por aquello.

—*Parece* que está muy bien —rió Rainer, con un entusiasmo repentino en el tono.

Su tío le miró con dulzura. —Quizás Grisben tiene razón. Es una oportunidad...

Faxon levantó la vista sobresaltado: la figura vagamente percibida en el despacho estaba ahora más visible y tangiblemente plantada detrás de la silla del señor Lavington.

—Así se hace, Frank: ves que tu tío lo aprueba. Y el viaje allí con Olyphant no es algo que deba perderse. Así que cancela unas cuantas docenas de cenas y estate en el Grand Central pasado mañana a las cinco.

El agradable ojo gris del señor Grisben buscó la confirmación de su anfitrión, y Faxon, en una fría agonía de suspense, continuó observándole mientras volvía la mirada hacia el señor Lavington. No podía mirarse a Lavington sin ver la presencia a su espalda, y era evidente que, al cabo de un instante, algún cambio en la expresión del señor Grisben debería darle a quien lo observaba una clave.

Pero la expresión del señor Grisben no cambió: la mirada que fijó en su anfitrión permaneció imperturbable, y la clave que ofreció fue la asombrosa de que parecía no ver la otra figura.

El primer impulso de Faxon fue apartar la mirada, mirar a cualquier otra parte, recurrir de nuevo a la copa de champán que el solícito mayordomo ya había llenado hasta el borde; pero una atracción fatal, en pugna en él con una resistencia física abrumadora, mantuvo sus ojos clavados en el punto que temía.

La figura seguía de pie, con más nitidez, y por tanto con más semejanza, a espaldas del señor Lavington; y mientras este seguía mirando con afecto a su sobrino, su contraparte, como antes, fijaba en el muchacho unos ojos de amenaza mortal.

Faxon, con lo que parecía una auténtica sacudida muscular, arrancó sus propios ojos de la vista para escudriñar los demás rostros en torno a la mesa; pero ninguno revelaba la más mínima conciencia de lo que él veía, y una sensación de aislamiento mortal se abatió sobre él.

—Sin duda merece la pena pensarlo... —oyó continuar al señor Lavington; y mientras el rostro de Rainer se iluminaba, el rostro detrás de la silla de su tío parecía condensar en su mirada toda la feroz fatiga de antiguos odios insatisfechos. Eso era lo que, mientras los minutos transcurrían penosamente, Faxon iba tomando más conciencia. El observador detrás de la silla ya no era meramente malévol: se había vuelto de repente, indeciblemente cansado. Su odio parecía manar de las mismas profundidades del esfuerzo frustrado y las esperanzas truncadas, y eso lo hacía más digno de lástima, y al mismo tiempo más terrible.

La mirada de Faxon volvió al señor Lavington, como para sorprender en él un cambio correspondiente. Al principio no se veía ninguno: su sonrisa tensa estaba atornillada a su rostro en blanco como una farola de gas a una

pared encalada. Luego la fijeza de la sonrisa se volvió ominosa: Faxon vio que quien la llevaba tenía miedo de dejarla caer. Era evidente que el señor Lavington también estaba indeciblemente cansado, y el descubrimiento envió una corriente más fría por las venas de Faxon. Al bajar la vista hacia su plato intacto, captó el guiño tentador de la copa de champán; pero la vista del vino le revolvió el estómago.

—Bueno, entraremos en los detalles enseguida —oyó decir al señor Lavington, todavía sobre la cuestión del futuro de su sobrino—. Fumemos primero un puro. No, no aquí, Peters. —Volvió su sonrisa hacia Faxon—. Cuando hayamos tomado el café quiero enseñarle mis cuadros.

—Oh, por cierto, tío Jack: el señor Faxon quiere saber si tienes un doble.

—¿Un doble? —El señor Lavington, sin dejar de sonreír, siguió dirigiéndose a su invitado—. Que yo sepa, no. ¿Ha visto usted alguno, señor Faxon?

Faxon pensó: «¡Dios mío, si levanto ahora los ojos *los dos* me estarán mirando!». Para evitar levantar la vista, hizo ademán de llevarse el vaso a los labios; pero su mano cayó inerte, y miró. La mirada del señor Lavington reposaba cortésmente sobre él, pero con un aflojamiento de la tensión en torno al corazón vio que la figura detrás de la silla seguía con los ojos fijos en Rainer.

—¿Cree usted haber visto mi doble, señor Faxon?

¿Se volvería el otro rostro si decía que sí? Faxon sintió sequedad en la garganta. —No —respondió.

—¿Ah? Es posible que tenga una docena. Creo que tengo un aspecto de lo más corriente —continuó el señor Lavington conversacionalmente; y la otra figura seguía con los ojos en Rainer.

—Fue... un error... una confusión de la memoria... —se oyó Faxon balbucear. El señor Lavington empujó su silla hacia atrás, y al hacerlo el señor Grisben se inclinó de repente hacia adelante.

—¡Lavington! ¡En qué hemos estado pensando! ¡No hemos brindado por la salud de Frank!

El señor Lavington volvió a sentarse. —¡Querido muchacho!... Peters, otra botella... —Se volvió hacia su sobrino—. Después de semejante pecado

de omisión no me atrevo a proponer yo mismo el brindis... pero Frank ya sabe... Adelante, Grisben.

El muchacho le irradió una sonrisa a su tío. —No, no, tío Jack. El señor Grisben no se molestará. Nadie más que *tú*... ¡hoy!

El mayordomo estaba rellenando las copas. Llenó la del señor Lavington la última, y el señor Lavington extendió su mano pequeña para levantarla... Al hacerlo, Faxon miró hacia otro lado.

—Pues bien: todo el bien que te he deseado en todos los años pasados... lo pongo en la oración de que los venideros sean sanos y felices y muchos... y *muchos*, querido muchacho.

Faxon vio las manos a su alrededor extenderse hacia las copas. Maquinalmente, extendió la suya. Sus ojos seguían clavados en la mesa, y se repetía a sí mismo con trémula vehemencia: «¡No levantaré la vista! No... no lo haré...»

Sus dedos asieron la copa y la alzaron hasta el nivel de sus labios. Vio las otras manos hacer el mismo movimiento. Oyó el jovial «¡Bravo!» del señor Grisben y el eco cavernoso del señor Balch. Se dijo a sí mismo, cuando el borde de la copa tocó sus labios: «¡No levantaré la vista! Lo juro, no lo haré...», y miró.

La copa estaba tan llena que fue necesario un esfuerzo extraordinario para mantenerla allí, colmada y suspendida, durante el terrible intervalo antes de poder confiar en su mano para bajarla de nuevo, intacta, a la mesa. Fue esa providencial preocupación lo que le salvó, lo que le impidió gritar, perder el control, dejarse caer en la negrura sin fondo que bostezaba ante él. Mientras el problema de la copa le absorbía pudo mantenerse en su asiento, gobernar sus músculos, encajar imperceptiblemente en el grupo; pero cuando la copa tocó la mesa el último lazo con la seguridad se rompió. Se puso de pie de un salto y salió precipitadamente de la sala.

IV

En el pasillo, el instinto de conservación le ayudó a volverse y hacerle señas al joven Rainer de que no le siguiera. Balbuceó algo sobre un ligero mareo y que se reuniría con ellos enseguida; el muchacho asintió con simpatía y se retiró.

Al pie de las escaleras, Faxon se topó con un criado. —Quisiera telefonar a Weymore —dijo con los labios secos.

—Lo siento, señor; todos los cables están cortados. Llevamos una hora intentando volver a conectar con Nueva York para el señor Lavington.

Faxon subió disparado a su habitación, entró de golpe y echó el cerrojo. La luz de la lámpara caía sobre muebles, flores, libros; en las brasas aún lucía un tronco. Se dejó caer en el sofá y se tapó la cara. La habitación estaba en un profundo silencio, la casa entera en calma: nada a su alrededor daba la menor pista de lo que estaba ocurriendo, oscura y mudamente, en la sala de la que había huido, y al cubrirse los ojos el olvido y la tranquilidad parecían caer sobre él. Pero cayeron solo por un instante; luego sus párpados volvieron a abrirse ante la visión monstruosa. Allí estaba, grabada en sus pupilas, parte de él para siempre, un horror indeleble quemado en su cuerpo y su mente. Pero ¿por qué en la suya? ¿Por qué había sido elegido *él* solo para ver lo que había visto? ¿Qué tenía que ver aquello con él, en nombre de Dios? Cualquiera de los demás, así iluminado, podría haber expuesto el horror y frustrado sus designios; pero *él*, el único espectador sin armas ni defensa, el único a quien ninguno de los demás creería ni comprendería si intentase revelar lo que sabía, ¡*él* solo había sido señalado como víctima de esa terrible iniciación!

De repente se incorporó, escuchando: había oído pasos en la escalera. Alguien, sin duda, venía a ver cómo estaba, a rogarle, si se sentía mejor, que bajara a reunirse con los fumadores. Cautelosamente abrió la puerta; sí, eran los pasos del joven Rainer. Faxon miró por el pasillo, recordó la otra escalera y corrió hacia ella. Lo único que quería era salir de la casa. ¡Ni un instante más respiraría su abominable aire! ¿Qué tenía que ver aquello con él, en nombre de Dios?

Alcanzó el extremo opuesto del pasillo inferior, y más allá vio el vestíbulo por el que había entrado. Estaba vacío, y sobre una mesa larga reconoció su abrigo y su gorra. Se puso el abrigo, descorrió el cerrojo de la puerta y se sumergió en la noche purificadora.

La oscuridad era densa y el frío tan intenso que por un instante le cortó la respiración. Luego advirtió que solo caía una nieve fina y resueltamente puso rumbo a la huida. Los árboles de la avenida le marcaban el camino mientras avanzaba a grandes zancadas sobre la nieve apisonada. Gradualmente, mientras caminaba, el tumulto en su mente fue amainando. El impulso de huir seguía empujándole hacia adelante, pero empezaba a sentir que huía de un terror de su propia creación, y que la razón más urgente para escapar era la necesidad de ocultar su estado, de rehuir otras miradas hasta recuperar el equilibrio.

Había pasado las largas horas en el tren cavilando infructuosamente sobre una situación desalentadora, y recordaba cómo su amargura se había convertido en exasperación al comprobar que el trineo de Weymore no le esperaba. Era absurdo, claro; pero, aunque había bromeado con Rainer sobre el olvido de la señora Culme, confesarlo le había costado un pinchazo. Eso era lo que su vida sin raíces le había traído: por falta de un interés personal en las cosas, su sensibilidad estaba a merced de tales bagatelas... Sí; eso, y el frío y el cansancio, la ausencia de esperanza y el acuciante sentido de las aptitudes hambrientas, todo ello le había llevado al peligroso borde sobre el que, una o dos veces antes, su aterrada mente había pendido.

¿Por qué, si no, en nombre de toda lógica imaginable, humana o diabólica, habría de ser señalado *él*, un extraño, para esa experiencia? ¿Qué podía significar para él, cómo se relacionaba con ello, qué incidencia tenía en su caso? A menos, claro, que fuera precisamente porque era un extraño — un extraño en todas partes —, porque no tenía una vida personal, ninguna cáli-

da pantalla de egoísmos propios que lo protegiera de la exposición, que hubiera desarrollado esa sensibilidad anormal a las vicisitudes de los demás. El pensamiento le hizo parar en seco con un estremecimiento. ¡No! Semejante destino era demasiado abominable; todo lo que tenía de fuerte y sano lo rechazaba. ¡Mil veces mejor considerarse enfermo, desorganizado, en delirio, que como víctima predestinada de tales advertencias!

Llegó a los portones y se detuvo ante la caseta del guarda a oscuras. El viento había arreciado y barría la nieve contra su cara. El frío lo tenía en su garra de nuevo, y estaba indeciso. ¿Pondría a prueba su cordura y volvería? Se volvió y miró la oscura avenida hacia la casa. Un solo rayo brillaba entre los árboles, evocando una imagen de las luces, las flores, los rostros agrupados en torno a aquella sala fatal. Se volvió y se sumergió en el camino...

Recordó que, a aproximadamente un kilómetro y medio de Overdale, el cochero le había indicado el camino a Northridge; y comenzó a caminar en esa dirección. Una vez en el camino, tenía el vendaval de frente, y la nieve húmeda en el bigote y las pestañas se endureció al instante en hielo. El mismo hielo parecía clavar un millón de cuchillas en su garganta y sus pulmones, pero siguió adelante, perseguido por la visión de la sala cálida.

La nieve en el camino era profunda e irregular. Tropezaba con roderas y se hundía en ventisqueros, y el viento le daba de frente como un acantilado de granito. De vez en cuando se paraba, jadeando, como si una mano invisible hubiera apretado un cinturón de hierro alrededor de su cuerpo; luego volvía a arrancar, endureciéndose contra la furtiva penetración del frío. La nieve seguía cayendo de un manto de oscuridad insondable, y una o dos veces se detuvo, temiendo haberse perdido el desvío a Northridge; pero, sin ver señal alguna de un giro, siguió abriéndose camino.

Por fin, convencido de haber caminado más de un kilómetro y medio, se detuvo y miró atrás. El acto de volverse le trajo un alivio inmediato: primero porque le ponía la espalda al viento, y luego porque, lejos en el camino, le mostraba el destello de un farol. ¡Se acercaba un trineo, un trineo que quizás pudiera llevarlo al pueblo! Reforzado por la esperanza, empezó a caminar de vuelta hacia la luz. Esta avanzaba muy despacio, con zigzags y vaivenes inexplicables; e incluso cuando estuvo a pocos metros de ella no pudo captar el tintineo de los cascabeles. Luego se detuvo y quedó inmóvil al borde del camino, como si la llevara un peatón que se hubiera parado,

agotado por el frío. El pensamiento hizo a Faxon apresurar el paso, y un momento después se inclinaba sobre una figura inmóvil acurrucada contra el montón de nieve. El farol se le había caído de la mano al portador, y Faxon, levantándolo con aprensión, proyectó su luz sobre el rostro de Frank Rainer.

— ¡Rainer! ¿Qué diantre estás haciendo aquí?

El muchacho le devolvió una sonrisa a través de su palidez. — ¿Y tú qué? — replicó; y, poniéndose en pie de un salto agarrándose al brazo de Faxon, añadió alegremente: — ¡Bueno, te he dado alcance!

Faxon se quedó atónito, con el corazón encogido.

— ¡Qué locura...! — comenzó.

— Sí, *lo es*. ¿Por qué diablos lo has hecho?

— ¿Yo? ¿El qué?... Pues... simplemente estaba dando un paseo... Suelo caminar de noche...

Frank Rainer soltó una carcajada. — ¿En noches como estas? ¿Entonces no habías huido?

— ¿Huido?

— ¿Porque yo hubiera hecho algo para ofenderte? Mi tío pensó que sí.

Faxon le agarró del brazo. — ¿Tu tío te ha enviado a buscarme?

— Bueno, me echó una bronca espantosa por no haberte subido a tu cuarto cuando dijiste que estabas mal. Y cuando vimos que te habías ido, nos asustamos, y él estaba muy preocupado, así que dije que te daría alcance... ¿No estás enfermo, verdad?

— ¿Enfermo? No. Nunca me he encontrado mejor. — Faxon recogió el farol—. Vamos; volvamos. Hacía demasiado calor en ese comedor.

— Sí, esperaba que fuera solo eso.

Caminaron en silencio unos minutos; luego Faxon preguntó: — ¿No estás demasiado agotado?

— Oh, no. Es mucho más fácil con el viento a favor.

— Bien. No hables más.

Siguieron adelante, caminando, a pesar de la luz que les guiaba, más espacio de lo que Faxon había caminado solo contra el vendaval. El hecho de que su compañero tropezara con un ventisquero dio a Faxon el pretexto de decir: —Cógete a mi brazo, y Rainer, obedeciendo, jadeó: —¡Estoy sin aliento!

— Yo también. ¿Y quién no lo estaría?

— ¡Menuda danza me has dado! Si no hubiera sido porque uno de los criados te vio por casualidad...

— Sí, de acuerdo. ¿Y ahora tendrías la amabilidad de callarte?

Rainer rió y se colgó de él. — Oh, el frío no me hace daño...

Durante los primeros minutos tras alcanzarle Rainer, la preocupación por el muchacho había sido el único pensamiento de Faxon. Pero a medida que cada fatigoso paso les acercaba al lugar del que había huido, las razones de su huida se volvían más ominosas e insistentes. No, no estaba enfermo, no estaba extraviado ni en delirio: era el instrumento señalado para advertir y salvar; ¡y aquí estaba, arrastrado irresistiblemente, llevando a la víctima de vuelta a su perdición!

La intensidad de la convicción casi frenó sus pasos. Pero ¿qué podía hacer o decir? A toda costa tenía que sacar a Rainer del frío, meterle en la casa y en la cama. Después actuaría.

La nevada se estaba intensificando, y al llegar a un tramo del camino entre campos abiertos el viento los golpeó en diagonal, azotándoles la cara con zarzas afiladas. Rainer se detuvo para tomar aliento, y Faxon sintió la presión más pesada de su brazo.

— Cuando lleguemos a la caseta del guarda, ¿no podemos telefonar a la cuadra para que nos manden un trineo?

— Si no están todos dormidos en la caseta.

— Oh, yo me encargo. ¡No hables! —ordenó Faxon; y siguieron caminando...

Por fin, el rayo del farol mostró roderas que se curvaban desde el camino bajo la oscuridad de los árboles.

Los ánimos de Faxon se levantaron. — ¡Ahí está el portón! En cinco minutos estaremos allí.

Al hablar captó, por encima del seto que delimitaba la propiedad, el destello de una luz en el extremo lejano de la oscura avenida. Era la misma luz que había brillado en la escena de la que cada detalle estaba grabado en su mente; y volvió a sentir su abrumadora realidad. No: no podía dejar que el muchacho volviera allí.

Por fin llegaron a la caseta, y Faxon aporreaba la puerta. Se dijo a sí mismo: «Le meteré dentro primero y haré que le den algo caliente. Luego ya veré: encontraré algún argumento...»

No hubo respuesta a sus golpes, y al cabo de un rato Rainer dijo: —Mira, será mejor que sigamos.

— ¡No!

— Puedo perfectamente...

— ¡Digo que no irás a la casa! — Faxon redobló sus golpes, y al fin se oyeron pasos en la escalera. Rainer estaba apoyado en el umbral, y cuando se abrió la puerta la luz del recibidor iluminó su rostro pálido y sus ojos fijos. Faxon lo agarró del brazo y lo metió dentro.

— *Hacía* frío ahí fuera — suspiró; y luego, bruscamente, como si unas tijeras invisibles hubieran cortado de un solo golpe todos los músculos de su cuerpo, se tambaleó, se desplomó sobre el brazo de Faxon, y pareció hundirse en la nada a sus pies.

El guardés y Faxon se inclinaron sobre él, y entre los dos, de algún modo, lo levantaron, lo llevaron a la cocina y lo tendieron en un sofá junto a la estufa.

El guardés, balbuceando: «Llamaré a la casa», salió precipitadamente. Pero Faxon oyó las palabras sin hacerles caso: los presagios ya no importaban nada, ante esa fatalidad cumplida. Se arrodilló para desabrochar el cuello de piel alrededor del cuello de Rainer, y al hacerlo sintió una cálida humedad en las manos. Las levantó, y estaban rojas...

V

Las palmeras trazaban su fila interminable a lo largo del río amarillo. El pequeño vapor estaba atracado en el muelle, y George Faxon, sentado en la veranda del hotel de madera, observaba distraídamente a los coolies que cargaban la mercancía por la pasarela.

Llevaba dos meses contemplando escenas así. Casi cinco habían transcurrido desde que había bajado del tren en Northridge y escudriñado el horizonte buscando el trineo que debía llevarle a Weymore: ¡Weymore, que nunca llegaría a conocer! Una parte del intervalo —la primera— seguía siendo una gran mancha gris. Incluso ahora no estaba del todo seguro de cómo había regresado a Boston, llegado a casa de una prima, y desde allí sido trasladado a una habitación tranquila con vistas a la nieve bajo los árboles desnudos. Miró largo rato por la misma ventana, y finalmente un día vino a verle un hombre que había conocido en Harvard y le invitó a un viaje de negocios a la península malaya.

—Ha tenido usted un golpe muy duro, y le vendrá de maravilla alejarse de todo.

Cuando al día siguiente vino el médico, resultó que conocía el plan y lo aprobaba. —Necesita descansar un año. Simplemente holgazanee y contemple el paisaje —le aconsejó.

Faxon sintió los primeros y tenues aguijones de la curiosidad.

—¿Qué me ha pasado, exactamente?

—Bueno, exceso de trabajo, supongo. Debía de estar incubando un colapso grave antes de que se marchara a New Hampshire el pasado diciembre. Y el golpe de la muerte de ese pobre muchacho hizo el resto.

Ah, sí: Rainer había muerto. Lo recordaba...

Partió hacia el Oriente, y gradualmente, por grados imperceptibles, la vida volvió a sus huesos cansados y a su mente embotada. Su amigo era paciente y considerado, y viajaban despacio y hablaban poco. Al principio Faxon había sentido un gran rechazo por todo lo que tocara cosas conocidas. Rara vez leía un periódico, y nunca abría una carta sin que el corazón se le contrajera. No era que tuviera ningún motivo especial de aprensión, sino simplemente que una gran estela de oscuridad caía sobre todo. Había mirado demasiado hondo en el abismo... Pero poco a poco la salud y la energía volvieron a él, junto con los impulsos comunes de la curiosidad. Empezaba a preguntarse cómo iba el mundo, y cuando, poco después, el hotelero le dijo que no había cartas para él en la valija del vapor, sintió una clara decepción. Su amigo se había adentrado en la selva en una larga excursión, y él estaba solo, desocupado y saludablemente aburrido. Se levantó y entró en la sofocante sala de lectura.

Allí encontró un juego de dominó, un rompecabezas mutilado, algunos ejemplares del *Zion's Herald* y una pila de periódicos de Nueva York y Londres.

Empezó a hojear los periódicos, y le decepcionó comprobar que eran menos recientes de lo que había esperado. Evidentemente los últimos números se los habían llevado viajeros más afortunados. Siguió pasándolos, cogiendo primero los americanos. Estos, según resultó, eran los más antiguos: se remontaban a diciembre y enero. Para Faxon, sin embargo, tenían todo el sabor de la novedad, ya que abarcaban el período preciso durante el que él había dejado de existir virtualmente. Hasta ese momento nunca se le había ocurrido preguntarse qué había pasado en el mundo durante ese intervalo de obliteración; pero ahora sentía el deseo repentino de saberlo.

Para prolongar el placer, empezó por ordenar los periódicos cronológicamente, y al encontrar y desplegar el número más antiguo, la fecha en lo alto de la página entró en su conciencia como una llave que encajara en una cerradura. Era el diecisiete de diciembre: la fecha del día siguiente a su llegada a Northridge. Echó una mirada a la primera página y leyó en caracteres llameantes: «Presunto derrumbe de la Opal Cement Company. Implicado el nombre de Lavington. La gigantesca revelación de la corrupción sacude Wall Street hasta sus cimientos».

Siguió leyendo, y cuando hubo terminado el primer periódico pasó al siguiente. Había una laguna de tres días, pero la «Investigación» de la Opal Cement seguía ocupando el centro del escenario. De sus complejas revelaciones de codicia y ruina su mirada derivó hacia los avisos de defunción, y leyó: «Rainer. De repente, en Northridge, New Hampshire, Francis John, hijo único del difunto...»

Sus ojos se nublaron, y dejó caer el periódico y permaneció largo rato con el rostro entre las manos. Cuando volvió a mirar, advirtió que su gesto había empujado los demás periódicos de la mesa y los había esparcido a sus pies. El de arriba estaba desplegado ante él, y pesadamente sus ojos reanudaron la búsqueda. «John Lavington presenta un plan para la reconstrucción de la empresa. Ofrece poner diez millones de los suyos. La propuesta, a estudio del fiscal del distrito.»

Diez millones... diez millones de los suyos. Pero ¿y si John Lavington estaba arruinado?... Faxon se levantó con un grito. ¡Eso era, pues: eso era lo que significaba la advertencia! ¡Y si no hubiera huido de ella, si no hubiera salido huyendo como un loco hacia la noche, podría haber roto el hechizo de la iniquidad, las fuerzas de la oscuridad no habrían prevalecido! Cogió la pila de periódicos y empezó a hojear cada uno buscando el titular: «Testamentos admitidos a trámite de sucesión». En el último de todos encontró el párrafo que buscaba, y le miró fijamente como con los ojos moribundos de Rainer.

¡Eso, *eso* era lo que había hecho! Las fuerzas de la piedad le habían señalado para advertir y salvar, y él había cerrado los oídos a su llamada, se había lavado las manos del asunto y había huido. ¡Lavarse las manos! Esa era la palabra. Le hizo volver al terrible momento en la caseta cuando, incorporándose desde el lado de Rainer, había mirado sus manos y visto que estaban rojas...

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB